

EL BOMBARDEO DE EL CALLAO

RELATADO POR UN TESTIGO ESPAÑOL

Por

Alvaro DE LA FUENTE
ex Bibliotecario del Congreso Nacional



CIERTA VEZ, como bibliotecario, catalogué un folleto interesantísimo, que ahora, a fuer de hombre culto,

me hago un deber divulgar.

La descripción técnica de la curiosa pieza es como sigue:

"Lecturas patrióticas - Glorias de España - Combate de El Callao - Dos de mayo de 1866 - Precio 10 céntimos - Oficinas de la "Última Hora" - Madrid - Velásquez 56 - Mayo de 1898 - Número uno - (15 x 10 cms.; 40 págs. 15 llstr.)".

Sin mayores preámbulos, desde el comienzo el autor entra en materia.

"A fe de Juan García, por mal nombre "Chicote", cuando vuelvo la vista atrás y considero que, desde aquel día inolvidable, ha transcurrido la friolera de 33 años, me hago cruces y no vuelvo de mi asombro.

El día a que me refiero era domingo 5 de febrero de 1865, y quiso la suerte que me cogiera, siendo a la sazón cabo de mar y embarcado en la fragata "Resolución" que, en unión de la "Vencedora", de la "Blanca", de la "Villa de Ma-

drid" y de la goleta "Covadonga", se hallaban fondeados en el puerto de El Callao, desde hacía varios meses y a la espera de acontecimientos".

Estos, al llegar, le fueron comunicados al autor por su amigo el practicante de farmacia, Juan Santurce, que todo lo sabía y "gran relacionador público" como luego podrá el lector aquilatar.

"Verás —le dijo a Juan García— esta mañana vino, como sabes, un bote de la capitana trayendo a bordo a un ayudante del almirante Pareja. Era portador de un pliego para nuestro comandante don Claudio Alvargonzález, en el que le comunicaba haberse firmado un convenio de paz".

A raíz de dicha comunicación los guardiamarinas, oficiales y clases de la flota española bloqueadora del primer puerto peruano tuvieron permiso para bajar a tierra.

Unos 40 tomaron el tren y se encaminaron a Lima sin detenerse en El Callao, quedando el resto allí. Entre ellos Juan Santurce y su amigo el marinero Fradera, separándose en el muelle. A poco, el grupo que acompañaba a Santurce tuvo

que enfrentarse con una "cholada" que los apedreaba, tratándolos de "godos" y "gallegos" al grito de ¡al agua con ellos! Sólo se salvaron porque un jefe de la Marina peruana, revólver en mano, se abrió paso entre la muchedumbre y los hizo embarcar con otros 20 marinos españoles, amparados por los gendarmes que el Intendente de Policía destinó a ese fin.

A eso de las seis de la tarde venía Fradera tranquilamente hacia el muelle para embarcarse cuando de súbito la canalla de El Callao se le vino encima, por lo que debió tirarse de cabeza al mar. Nadó vigorosamente y consiguió llegar a un bote tripulado por un marinero peruano que se negó a dar el auxilio que se le pedía por Dios y en nombre de sus hijos.

Fradera se vio precisado a nadar otra vez en demanda de tierra, donde lo esperaban 200 "valientes" armados de piedras y palos.

Medió un capitán de fragata peruano y Fradera, respetando los galones del oficial, se puso a sus órdenes. La chusma no tuvo igual acatamiento y Fradera debió defenderse con su cuchillo, dando puñaladas a diestro y siniestro y matando algunos de sus asaltantes; pero la turba acabó con él a pedradas, para después de despojado, mutilar su cadáver.

Por esta razón luego pasaron diez meses sin que los marinos españoles pudieran sentar pie a tierra dado que la actitud agresiva de la República de Chile, al hacer de hecho y manifiestamente causa común con la del Perú, había empeorado las cosas.

Las disensiones de ambos países con España aumentaron de gravedad desde el día que con motivo de la muerte de Fradera, formulara su reclamación don José Manuel Pareja como almirante de la escuadra castellana exigiendo satisfacciones que de haberse pedido en forma más velada y con diplomacia menos ruda quizás hubiera producido algún resultado satisfactorio.

De aquí en adelante el folleto no tiene desperdicio alguno para los historiadores que quieran hincarle el diente y por eso lo trascibo tal cual, a la letra, sin otro comentario que, en todo el libro, su

autor, Juan García, no menciona siquiera el bombardeo de Valparaíso, lo que causa extrañeza.

"Nuevos disturbios interiores, en que tanto la prensa como el populacho tomaron parte con manifestaciones ofensivas, y las negociaciones diplomáticas conducidas con escasa suerte, aumentaron la tirantez y el malestar reinantes en ambas partes, hasta tal punto que nuestro Ministro Plenipotenciario en Lima, Sr. Albistur, no juzgándose seguro, quizá con pusilanimidad excesiva, se embarcó precipitadamente en la "Numancia", con hondo disgusto de su comandante, el brigadier Méndez Núñez, quien por cierto no se mordió la lengua para soltarle cuatro frescas y decirle punto más, punto menos, que consideraba censurable su conducta.

El 24 de noviembre del mismo año de 1865 se rompieron de nuevo las hostilidades a causa, según se dijo y más adelante se comprobó, de otra nota de nuestro almirante exigiendo nuevas satisfacciones, que Chile se negó a dar en modo alguno. Con este motivo decidió Pareja establecer el bloqueo continental y acto seguido se dislocaron las divisiones de la escuadra y los barcos se repartieron del siguiente modo: La "Villa de Madrid", la "Vencedora" y la "Covadonga" se situaron en Valparaíso; la "Berenguela" en Coquimbo, la "Blanca" en Caldera y nosotros, es decir la "Resolución", en el puerto de Concepción.

De esta suerte quedó constituida la línea de bloqueo, que alcanzaba más de doscientas leguas de longitud, distando el centro de aquélla, que era Valparaíso, más de cien leguas de ambos extremos.

Aunque en cuestiones de táctica no se les alcanzaba cosa mayor a las clases de marinería, éstas no dejaban de comprender la poca consistencia de una línea de tales dimensiones, formada en su mayor parte por buques de mediano armamento y menos que medianas condiciones marinerías, y que, aparte del valor innegable de sus tripulaciones, habrían de sostener la lucha en circunstancias desfavorables con los buques chilenos y peruanos. Sobre todo la "Blanca" y la "Berenguela", por razón de su relativo aislamiento, corrían riesgo positivo de ser atacadas y apresadas por los barcos enemigos; y tan

verdad era esto que el brigadier Méndez Núñez envió al almirante el oportuno aviso.

Hízole caso esta vez, por excepción, don José M. Pareja, y destacó en Coquimbo a la "Covadonga" para prestar, si fuere necesario, ayuda oportuna a la "Berenguela".

Desapareció la inminencia del peligro y dióse contraorden en el sentido de que aquélla volviese a Valparaíso, si bien desgraciadamente se dejaron transcurrir bastantes días hasta que lo efectuó, siendo este retraso la causa principal del descalabro que sufrió la Marina española el día 26 de noviembre.

En la mañana de dicho día 26 navegaba la "Covadonga" en medio de densa neblina en demanda de Valparaíso; después después algo la cerrazón y apareció a la vista un buque, que en un principio se creyó fuese peruano y después se conceptuó inglés, ayudando a afirmar esta suposición el hecho de que al llegar a millas de la "Covadonga", izó el pabellón británico. Contestaron los españoles echando al aire la bandera rojo y amarillo, si bien y a pesar de todo, el comandante Fery, movido de una prudente desconfianza, ordenó zafarrancho de combate. La corbeta, pues corbeta era el barco sospechoso, tenía marcha superior a la veterana "Covadonga"; así es que pasando a lo largo de ésta en dirección opuesta, al llegar a la altura de la popa, viró ligeramente presentando uno de sus costados y largó un metrallazo que no dejó títere con cabeza sobre la popa de la "Covadonga".

Mandó Fery que ésta virase a su vez, para coger al agresor dentro de su campo de tiro; pero ¡todo fue inútil! La corbeta, con ligereza suma, presentó el otro costado disparando la segunda andanada sobre el barco español, que por colocarse en inferioridad manifiesta resultaba verdaderamente indefenso. Entonces, y sólo entonces, desapareció el pabellón inglés del buque enemigo, que era la "Esmeralda" y puso de manifiesto los colores de Chile. El buque español hizo tres disparos de los que sólo dos dieron en el blanco. En cambio, la "Esmeralda" acabó de barrer la cubierta de la "Covadonga" con dos nuevas descargas y entonces la tripulación, viéndose indefensa y reducida a sus tres cuartas partes, resistió

con impasibilidad heroica y a pecho descubierto (a decir de Juan García) un torbellino de metralla, decidida a perder la vida, ya que obtener la victoria era manifiestamente imposible. Así lo comprendieron el comandante Fery y la oficialidad a sus órdenes, quienes en junta acordaron la rendición.

Han obrado perfectamente al desistir de un combate inútil —afirmaba tranquilamente Juan Manuel Santurce, el relacionador público—, dando una conferencia en el castillo de proa de la "Resolución" a varios amigos. ¿Qué podía hacer el comandante? ¿Volar el barco? ¿Y para qué? En justicia no podía el comandante dar la muerte a sus hombres como pago de un comportamiento heroico. Que el enemigo se quedaba con la "Covadonga". Pues ¡buen provecho le hiciera aquel cascarón de nuez, cuya vejez y malas condiciones fueron la causa principal de la derrota! Cuando se considera que la "Covadonga" luchó como buena contra un barco de gran marcha, con cuádruple tripulación, con un número de cañones diez veces superior al suyo, y que por si fueran pocas las ventajas apeló al engaño para acercarse; si todo esto se tiene en cuenta ¿que más se le puede pedir a ese comandante? Nada y, sin embargo, el valeroso Fery trató aún de hacer más, que fue mandar abrir los grifos al arriar la bandera para echar a pique la "Covadonga". ¿Es o no esto ser caballero? ¿Es o no esto ser valiente?

La mencionada perorata de don Juan Manuel Santurce tenía lugar dos días después de ocurrido el apresamiento de la "Covadonga", y la noticia, con carácter de rumor, sin fundamento oficial alguno, circulaba con el aditamento agravante de haber sido también apresada la goleta "Vencedora". Afortunadamente para España estos últimos temores cayeron por su base con la presencia de la goleta en la bahía Constitución, donde a la sazón se hallaba la "Resolución" con el objeto de entregar pliegos al comandante, que lo era hacía poco tiempo, el capitán de navío don Carlos Valcárcel.

Como consecuencia de las órdenes recibidas, zarparon rumbo a Valparaíso la "Resolución" en conserva con la "Vencedora", a los pocos días llegó la "Villa

de Madrid" arbolando la insignia del almirante y la "Blanca", que se suponía fondeada en Coquimbo.

Tronaron majestuosamente en son de saludo los cañones de los barcos ingleses, norteamericanos e italianos que se hallaban en el puerto. Juan Manuel Santurce y yo —cuenta Juan García, el autor, también conocido como "Chicote"— recostados sobre la borda contemplábamos el espectáculo comentando para nuestros adentros, cuanto más conveniente que aquel ruidoso derroche de pólvora, hubiera sido para los intereses españoles que las naciones que aquellos buques representaban, hubieran observado conducta más correcta y sobre todo más imparcial durante aquella guerra interminable.

Saludó también nuestra fragata; y acto continuo se dieron órdenes para arriar el bote del comandante, tocándome a mí dirigir la maniobra y encargarme de la caña del timón.

—¡A la capitana!— ordenó el comandante. Cayeron los remos al agua, y con silenciosa velocidad cruzamos las tranquilas aguas de la bahía en demanda de la "Villa de Madrid".

Llegamos al costado de la fragata, saltó a ella el comandante Valcárcel, y yo poco después de él, espoleado por el ansia de ver caras nuevas, de averiguar noticias y... todo se debe decir, más que nada por el deseo de saber si durante la estancia de la fragata en El Callao se había recibido a bordo alguna carta dirigida a mí desde Lima, por una limeña que me desvelaba.

De manos a boca tropecé con Peláez, el amigo de Santurce, algo conocido mío y ordenanza de un ayudante del almirante Pareja. ¡Mejor suerte!... Nos dimos un abrazo y empecé el interrogatorio. Había para mí no una, sino dos cartas recibidas en la "Villa de Madrid" durante su permanencia en El Callao.

—¿Qué tal os va con vuestro nuevo comandante?— interrogó Peláez, que por lo visto tenía tantas ganas como yo de conversación.

—Al pelo —contesté—, don Carlos Valcárcel es todo un caballero y un buen marino que trata a su tripulación como si estuviera compuesta de hijos suyos. ¿Y el almirante Pareja? —pregunté a mi vez queriendo corresponder a su cortesía.

—Eso preguntásele a los peces, que son los que están enterados —respondió Peláez frunciendo hurañamente el entrecejo.

—No te entiendo —exclamé estupefacto—. ¿Quiéres decir que Pareja ha muerto?

—No es eso lo que quiero decir. El almirante Pareja no ha muerto, se ha suicidado, que no es igual, aunque después de todo el resultado sea el mismo.

—¡Pareja muerto! —dije yo aturdiendo—. ¿Y quién es ahora el almirante?

—D. Casto Méndez Núñez, el gallego más templado, más valiente y más marino que han visto los siglos pasados, el presente y han de ver los venideros—, afirmó orgullosamente Peláez.

—Le conozco, y sobra todo lo que me cuentas de don Casto. Serví a sus órdenes en Filipinas, en el vapor "Narváez". Pero dime, añadí, volviendo a lo que más excitaba mi interés y mi curiosidad, ¿cómo es eso del suicidio de Pareja? Cuenta hombre, cuenta...

—El orden es bueno para todos, dictaminó sentenciosamente el marinero, guiñándome un ojo. Lo primero es estar a gusto, y más a gusto se está sentado que de pie. Si además de estar sentado se tiene delante una botella de lo bueno, para beberlo con un amigo en paz y en gracia de Dios... ¡miel sobre hojuelas! ¿Me has entendido?

—¡Pues no! —dije sonriendo—. ¡Vamos a la cantina.

Y a la cantina fuimos, y el programa se cumplió en todos sus extremos; así que no bien Peláez hubo consumido con beatitud la primera copa del pésimo aguardiente empecé su relato:

—Estábamos fondeados en Valparaíso, como no ignoras, durante el bloqueo, cuando ocurrió lo de la "Covadonga". Tú ya sabes cómo fue esa derrota y los detalles del combate, que demostraron una vez más que los marinos españoles tienen la desgracia eterna de tener que navegar y batirse sin barcos, sin artillería y casi sin personal... Lo que no sabes seguramente es que hasta tres días después de ocurrido el suceso, no llegó la noticia a oídos de Pareja; y si llegó, no fue más que porque le dio la gana al cónsul de los Estados Unidos de participársela, lar-

gándole además el infundio del apresamiento de la "Vencedora". Yo estaba sobre cubierta cuando salieron de la cámara del almirante, éste y el visitante, a quien despidió en la misma escala. Pareja estaba tan fresco como una lechuga y se mostró fino como un coral con el cónsul de los Estados Unidos... Como hablaban en franchute, o sea, un idioma que me viene ancho, no te puedo decir lo que hablaban, pero sí haré constar que a juzgar por la serenidad del almirante y por lo sonriente de su rostro, cualquiera hubiera dicho por el cónsul: ¡Este tío ha anunciado a Pareja que le ha caído el premio gordo, o que le ha ocurrido alguna cosa por el estilo! ¡Buen premio gordo estaba! ¡Lo que Pareja recibió con aquella visita, fue una puñalada que le partió el corazón!

El general pasó el día como si tal cosa, comió y bebió lo acostumbrado, dio a las horas habituales sus paseos sobre cubierta con su sobrino, que además de su sobrino era su secretario particular, y debió dormir como de ordinario si se considera que al día siguiente amaneció tan campante como siempre. Se repitió la visita del cónsul, sin duda para ahondar la puñalada. Le despidió el almirante como el día anterior, dio un paseito por el alcázar, comió bien y de esto puedo atestiguar porque ayudé a servir la comida, y después de ella, subió a pasear en compañía del comandante Alvargonzález, a quien, según después se ha sabido, preguntó: ¿Cree usted que es posible que hayan apresado también a la "Vencedora"? El comandante, según cuentan, le dijo que no parecía improbable el apresamiento, por la desproporción de fuerzas entre los barcos chilenos y peruanos y el nuestro.

Continuó Pareja paseando un rato solo, y yo mirándole de reojo, pues la noticia de la "Covadonga" había ya corrido a bordo, y me asombraba el valor y la serenidad con que el almirante capeaba el tremendo temporal, que indudablemente se había desatado en su corazón. ¡Chico!, parece que lo estoy viendo ahora mismo, echando al aire el humo de su cigarro, como si estuviera haciendo tiempo para ir a un baile. Aparte de que era algo sordo, hombre más cabal no quiero yo que nazca, ni más simpático para los hombres, ni más querido por las mujeres;

esto último según decían las malas lenguas. Como mozo no pasaba de mediano y era delgado y parecía algo enfermizo; pero chico, tú no sabes el efecto que te producía ver acercarse a uno... a mí... ya ves, a un triste marinero, a aquel señor tan fino, tan atento, tan afectuoso, con aquella gran calva y aquellos ojos tan rasgados y hermosos, y que te decía por ejemplo: Haga usted el favor de llamar a mi sobrino... ¡muchacho! ¡Que se le llevaba a uno detrás y había que quererle por fuerza!... Pero noto que me voy por los cerros de Ubeda, y quiero ir a lo que iba, que es referir cómo después de pasear un rato por la toldilla le vi bajar a su cámara...

¿Querrás creer que tuve un presentimiento de lo que iba a ocurrir? ¿Querrás creer que estuve a punto de pegar un puntapié a la puerta y entrar y decirte: Pero, mi general, ¿qué va a ser vucencia? Que lo creas o no, ello es que llegué a la puerta en el mismo momento en que sonaba un disparo dentro de la cámara... ¡Socorro! ¡Auxilio!, grité como un energúmeno, penetrando en la cámara. ¡Ya era tarde! El almirante Pareja estaba muerto, tendido en su cámara, con un revólver aún humeante en la mano derecha, y un papel escrito en la izquierda. Su expresión era la misma: serena y tranquila. Acudió gente, como es natural, y el sobrino de Pareja retiró de la mano aún caliente del cadáver el papel, cuyo escrito, dirigido a él, decía al pie de la letra: Te estoy agradecido; que no me sepulten en aguas chilenas, que todos se conduzcan con honor.

—¡Lástima de hombre!— murmuré con emoción sincera.

—Eso mismo dijimos todos a bordo ante tal desgracia... Pues verás —continuó Peláez después de beber, y relamiéndose los labios—, la primera medida que tomó el comandante Alvargonzález fue recomendar el más absoluto silencio al personal de la capitana acerca de lo ocurrido, y así la insignia del almirante continuó enarbolada al tope como si nada hubiera pasado.

Nadie dijo esta boca es mía y sólo después de veinte días se supo en Chile la desgracia que habíamos experimentado. Entonces llegó el momento de dar sepultura a nuestro almirante y para ello sali-

mos en la "Villa de Madrid" hasta dos millas más allá de las aguas chilenas, donde hicimos alto.

Formamos todos a toque de corneta; marineros y soldados presentamos armas, y en tanto que el cañón tronaba conmoviendo lúgubrementes las tranquilas soledades del Pacífico, a hombros de cuatro oficiales apareció el saco de lona que encerraba el yerto cuerpo de nuestro pobre almirante, no sé si víctima de errores ajenos o de un amor propio exagerado.

Colocósele sobre una tabla, se le ató a los pies una bala de cañón, y en medio de un silencio preñado de lágrimas y hondísima emoción, se aproximó el padre capellán, quien recitó el último responso. Cuatro marineros levantaron después el fúnebre fardo, y al mismo tiempo que el capellán hacía el signo de la cruz sobre los restos del ilustre marino, fueron éstos lanzados al mar".

Hacia mediados de abril de 1866 el autor del folleto fue destinado a prestar servicios en la fragata "Numancia", cuya tripulación, diezmada por las fiebres y el escorbuto, se había quedado en cuadro como quien dice, y necesitaba algún refuerzo. También urgía aumentar el servicio sanitario dado el extraordinario número de enfermos. En las tripulaciones se comentaba la escasez de tabaco; la galleta del rancho con gusanos; la demora en entrar en acción; la poca munición para la artillería, así como de aceite y carbón para máquina. Sin embargo, se paliaban los reproches diciéndose que el gobierno de Madrid sabía lo que hacía y "¡cartuchera en el cañón, que dijo el otro, y a ayunar, que es cosa sana y ahorra indigestiones!". Con eso se olvidaba que España, por la que ellos combatían, no se hubiera acordado en nueve meses de enviarles ni una panilla de aceite, ni una libra de carbón, ni una mala peseta.

Por todas estas razones, cuando se hizo público el manifiesto que Méndez Núñez dirigió el 27 de abril al Cuerpo Diplomático residente en Lima, "pareció circular por toda la escuadra una corriente eléctrica: las tripulaciones alegremente se preparaban a derramar una vez más su sangre en aras de la patria".

El manifiesto del almirante español concedía al gobierno peruano cuatro días

de plazo para dar las debidas satisfacciones al pabellón español, transcurrido el cual, sin más circunloquios ni miramientos, su escuadra atacaría las baterías de la ciudad de El Callao.

Zarpó la escuadra rumbo a ese puerto, la travesía se aprovechó para practicar incesantes ejercicios de combate, y al dar vista al puerto, el comandante en jefe se embarcó en la "Vencedora" por ser buque de escaso calado, y estudió el plan de ataque, para lo cual, se acercó a la costa hasta llegar a medio tiro de cañón. En los otros barcos se echaron abajo las vergas mayores para resguardar la arboladura de probables averías, se pintaron de negro las fajas blancas de los costados para disminuir el blanco que ofrecían los buques y se habilitaron hospitales de sangre para socorro de los heridos.

Expirado el plazo concedido el día 1º de mayo la escuadra tomó posiciones. Esta se componía de la fragata "Numancia", al mando de don Juan Bautista Antequera, yendo a bordo el comandante general, don Casto Méndez Núñez; la "Blanca", mandada por "el héroe de Abztao", don Juan Bautista Topete; la "Resolución" por don Carlos Valcárcel; la "Villa de Madrid" por don Claudio Alvargonzález; la "Berenguela", por don Manuel de la Pezuela; la "Almansa", por don Victoriano Sánchez Barcaiztegui y la "Vencedora" por don Francisco Patero.

Ese mismo día recibió Méndez Núñez la visita del comodoro inglés Rodgers, que trató de impedir el bombardeo de El Callao.

—Hoy amigos, mañana enemigos— dijo Rodgers con aire amenazador.

—Si os interponéis entre la ciudad y la escuadra, mi deber es echaros a pique, —contestó el almirante español.

Antes de zarpar de Valparaíso con rumbo a El Callao, el mismo Rodgers preguntó al almirante Méndez Núñez dónde pensaba dirigir la escuadra, y el español contestó secamente, sin pestañear:

—Al mar.

Conocida es hasta la saciedad la notificación que anteriormente —dice García— había dirigido al gobierno chileno rechazando proposiciones indignas de ser aceptadas por un marino español:

—La reina, el gobierno, el país y yo, preferimos más tener honra sin barcos que barcos sin honra.

Por la escuadra circuló y fue leída en cada barco por el comandante respectivo una proclama que decía así:

"Marineros y soldados: Después de una larga y cruda campaña, hoy se nos presenta la ocasión de cerrarla dignamente castigando cual se merece la osadía y perfidia de un enemigo que nada ha dejado de poner en práctica para vilipendiar a nuestra querida España; a España, que hoy espera de vosotros que la vengamos dignamente. Un mismo deseo nos anima a todos, y yo no puedo dudar que con vuestro valor, decisión y entusiasmo, lo veréis satisfecho, volviendo al seno de nuestras familias después de consignar una página de gloria en la historia de la Marina moderna, dejando su honra a la altura que nuestra patria tiene derecho a esperar de nosotros. ¡Viva la reina! Casto Méndez Núñez".

Formó la marinería dando frente al puente, sonó la voz de ¡firmes! y destacándose sobre el azul del cielo apareció la silueta un tanto rechoncha y fornida de Méndez Núñez que con voz robusta y articulando con energía las palabras leyó la proclama. El día 2 de mayo amaneció nebuloso y recordaba al mismo día en que el pueblo de Madrid se mostró tan pródigo de su sangre luchando contra un enemigo infinitamente superior en fuerzas. Al aclarar se podía ver en frente a El Callao ceñido por la masa imponente de sus fortificaciones, y al norte del puerto, tranquilos e indiferentes, los buques de guerra franceses, americanos e ingleses, que se apercebían a presenciar cómodamente el combate.

Funcionaron en la "Numancia" las banderas de señales mandando el avance y ordenando el zafarrancho de combate. Sonó en todos los barcos el toque de generala y acto seguido la escuadra avanzó sobre El Callao majestuosa y solemnemente en medio de un silencio sólo interrumpido por las voces de mando y el sordo zumbido de las hélices azotando vigorosamente las aguas.

Al frente avanzaron la "Numancia", la "Blanca" y la "Resolución", que componían la primera división, formada, se-

gún el plan de Méndez Núñez, para atacar las baterías del sur de la ciudad. Formaban la segunda división, la "Berenguela" y la "Villa de Madrid" y finalmente la "Almansa" y la "Vencedora", que componían la tercera división (les estaba encomendada la misión de batir al "Loa", al "Victoria" y al "Tumbes", barcos enemigos fondeados en los muelles), el "Maule" marchaba a retaguardia para prestar remolque o el socorro oportuno.

¡Solemnísimos momentos aquellos! Desde el comandante general, que apoyado en la baranda del puente asestaba sus gemelos a la costa que lentamente iba agrandándose a nuestra vista, hasta el último grumete de la escuadra, nadie —escribe García— estoy seguro de ello, pensaba en que la empresa que intentábamos era real y verdaderamente ardua, atrevida y temeraria, como afirmó el mismo Méndez Núñez. Nadie recordó que nuestra escuadra, compuesta de buques de madera, a excepción de la "Numancia", y con piezas de pequeño calibre, iba a expugnar aquellas formidables fortificaciones defendidas por cañones de extraordinario alcance; nadie pensó que el enemigo se batía en su propio país y que, por lo tanto, allí donde un combatiente quedara inutilizado otro se levantaría para reemplazarle; ninguno de nosotros sintió el temblor del miedo al acordarse de que lo que nuestros pobres buques de madera no hicieran por el pabellón de España, tampoco lo había de hacer ella distante cuatro mil leguas. Nadie pensó más que en luchar; y todos hicimos desde luego mentalmente el sacrificio de nuestras vidas jurando irnos a pique antes que arriar la bandera. ¿Qué fruto era el que en último resultado podría proporcionarnos la victoria? Apagar los fuegos de las baterías enemigas... Y si la suerte nos era adversa ¿dónde reparar averías, dónde buscar refugio?

A todo esto la "Numancia" rascaba fondo a riesgo de encallar. Se veía a simple vista y distintamente a los artilleros peruanos agrupados en torno de sus piezas cuando se oyó la voz de un jefe a bordo de la "Numancia":

—¡Fuego la primera batería!—. Sonó el estampido de la andanada y todo se vio envuelto en densas nubes de humo.

Dos descargas formidables contestaron a ella y simultáneamente los cañones de la escuadra y los de las fortificaciones de El Callao, cruzaron entre sí mortífera avalancha de hierro. Desde aquel momento el combate se convirtió en una pesadilla apocalíptica y gloriosa. Niebla del humo de los disparos, tronar continuado y ensordecedor de cien cañones vomitando a un tiempo espeso torbellino de metralla, gritos y rugidos, voces de mando, silbidos de balas y estallar de bombas y granadas, resplandores rojizos y siniestros, semejantes a relámpagos; esto fue el conjunto de lo que se pudo ver y oír durante las seis horas de fuego incesante que sostuvieron ambos bandos.

La "Numancia" era el blanco preferido de los disparos desde tierra, si bien en los primeros momentos causaron sólo leve daño en el blindaje.

De improviso el grito de ¡tocados! coincidió con el estallido de un proyectil. Volaron la bitácora y parte de la baranda del puente hechas astillas, y una misma idea, un mismo temor sobrecogió a los tripulantes:

—¡Nuestro comandante!...

Méndez Núñez estaba en pie, pálido y manchado de sangre el uniforme, ¡pero en pie! A su lado se hallaba el comandante don Juan Bautista Antequera, pugnando por arrancarle del puente, sobre el cual seguía cayendo una granizada de balas.

—No es nada. Dejádme, —dijo Méndez Núñez tratando de hacerse superior a la debilidad que la pérdida de sangre le producía.

—Echa acá una mano, muchacho— exclamó Antequera, dirigiéndose a un marinero, al observar que el cuerpo de Méndez Núñez se desplomaba. Acudió éste al llamamiento a tiempo que el almirante se desvanecía, y entre el comandante y él lo transportaron al hospital de sangre. Acudieron solícitos el médico primero de la "Numancia", don Antonio Censio y Romero y Juan Manuel Santurce (nuestro relacionador público) que hacía prodigios de actividad en el reparto de pócmas a media docena de heridos que habían tenido que abandonar la cubierta, y ambos hicieron la primera cura a' insigne marino que tardó en recobrar el conocimiento.

—Amigo Lobo —murmuró fatigosamente Méndez Núñez, dirigiéndose al mayor general de la escuadra, que trémulo y consternado estaba a la cabecera de la cama— que no se sepa que estoy herido. Póngase de acuerdo con Antequera y que continúe el combate.

El esfuerzo que se vio obligado a realizar para comunicar estas instrucciones le hizo perder de nuevo el conocimiento, a tiempo que el mayor general don Miguel Lobo subía a cumplir las órdenes recibidas.

Antes de seguirle, el marinero preguntó al médico:

—¿Se salvará?

—Tiene ocho heridas, dos de ellas graves; pero éste no es un hombre como los demás. ¡Se salvará, muchacho, puedes batirte tranquilamente!

La "Numancia" continuaba recibiendo un fuego nutridísimo, contestando bajo la dirección del comandante Antequera con igual ímpetu y estruendo.

La que más daño hacía era la batería peruana "Santa Rosa" que, dotada de cañones del mayor calibre conocido hasta entonces, parecía un volcán en erupción, según menudeaban los disparos. Uno de los proyectiles, después de rebotar en el mar, penetró a flor de agua, perforando una de las planchas del blindaje y produciendo tal conmoción en el barco, que éste se estremeció desde la punta de los topes hasta la quilla, con tal violencia que su tripulación creyó firmemente que antes de cinco minutos se iban a pique.

Por fortuna para ellos, no ocurrió tal desgracia, debido a la feliz circunstancia de que la bala, después de atravesar la coraza, no tuvo fuerza bastante para perforar el excelente revestido de teca que le servía de apoyo.

A todo esto iba la tarde declinando y el fuego empezaba a aflojar sensiblemente por ambas partes. Por la de los peruanos, sólo contestaban ya doce cañones de la batería y por el lado español, a las cuatro de la tarde, sólo mantenían el combate la "Numancia", la "Resolución", la "Vencedora" y la "Almansa", pues los demás buques de la escuadra o habían agotado sus municiones o se hallaban en tan mal estado que harto habían con mantenerse a flote. A las cinco,

los doce cañones de la "Santa Rosa" quedaron reducidos a tres, que con desesperada energía continuaban disparando a pesar de la neblina y de la sombra creciente del crepúsculo que empezaba a envolverlo todo.

Noticiöse a Méndez Núñez el estado del combate, quien dijo al oficial comisionado:

—¿Están los muchachos contentos?

—Sí, señor —contestó el interpelado—, todos estamos contentísimos.

Y Méndez Núñez añadió:

—Ahora sólo falta que en España queden satisfechos de que hemos cumplido con nuestro deber. Diga usted a Antequera que cese el fuego, que suba la gente a las jarcias y den los tres vivas de ordenanza antes de retirarnos.

Así se hizo, y entre la niebla y la obscuridad ya completa de la noche cerrada, todos los tripulantes de los barcos, muertos de fatiga, manchados de sangre, de sudor y de pólvora, subieron a las jarcias para gritar tres veces: ¡Viva la reina!

Después, lentamente, y con la majestad del león herido, pero vencedor, que se retira a su cubil, la escuadra se encaminó al fondeadero de San Lorenzo. Era la noche del 2 de mayo de 1866.

La "Villa de Madrid", mandada por don Claudio Alvargonzález, fue uno de los buques que experimentó mayores pérdidas y desperfectos, pues apenas cruzados los primeros disparos, recibió una granada de trescientas libras que le ocasionó 35 bajas y entre ellas la muy sensible del guardiamarina Enrique Godínez, a quien decapitó un casco de metralla. La tal granada causó tantos desastres, que la fragata dejó de gobernar, y a remolque de la "Vencedora" tuvo que retirarse de la lucha, pero aprovechó su retirada para disparar sobre las fortificaciones de El Callao más de 200 proyectiles.

La "Blanca" se distinguió muy principalmente por su temeridad para acercarse a tierra y lo certero de sus disparos. Uno de ellos hizo volar una torre blindada con los soldados que la guarnecían. En sus movimientos osados y rápidos se adivinaba la personalidad de su comandante Juan Bautista Topete, bravo y experto marino.

Situada la "Blanca" en cuatro brazas de fondo, debió aguantar un diluvio de balas, y milagro patente fue que no tuviera más bajas que las causadas por una bomba que mató a ocho marineros e hirió al comandante. Dejöse hacer éste la primera cura, y acto continuo volvió a su puesto desoyendo los consejos y admoniciones de los médicos. Batiöse la "Blanca" sin descanso hasta las cuatro de la tarde, hora en que después de haber hecho dos mil disparos y agotadas sus municiones tuvo que emprender la retirada.

La "Almansa", comandada por Victoriano Sánchez Barcaíztegui, a la mitad del combate recibió una granada de 300 libras que explotó en la batería y mató a trece hombres, entre ellos al guardiamarina Rull, cuya gloriosa muerte fue digna de su compañero Godínez.

Declaröse el incendio que se propagó rápidamente a la santabárbara y, a pesar de ello y como si el siniestro no hubiese ocurrido a bordo, el fuego de los cañones continuó nutridísimo e incesante.

Desde la "Numancia" se preguntó al barco incendiado si podría remediar la avería con sus propios esfuerzos. La "Almansa" contestó afirmativamente. Iba el incendio tomando tales proporciones, que el buque se retiró un tanto de la línea de combate. No había transcurrido media hora, en efecto, cuando el barco envuelto en el humo del incendio, tornaba a su puesto y emprendía el cañoneo con nuevo vigor y como si nada de particular ocurriera.

A todo esto, Sánchez Barcaíztegui recibió hasta tres avisos de que era preciso anegar las santabárbaras si se quería evitar que el buque volara.

—¿Mojar la pólvora? —exclamó este—, ¡Antes volar cien veces!

Merece también constar, que a consecuencia de la explosión de la granada quedaron horriblemente abrasados varios de los servidores de las piezas, y ni uno solo de ellos consintió en retirarse, diciéndolo solamente:

—¡Venga el relevo y entonces nos retiramos!

Los que esto decían eran quintos que entraban en fuego por primera vez.

Al fin pudo apagarse el incendio y aquella pólvora que tan a riesgo estuvo

de inutilizarse, sirvió gracias a la serenidad del comandante Sánchez Barcaíztegui para causar estragos al enemigo.

La "Berenguela" tuvo que batirse sola, haciendo un fuego infernal contra las torres blindadas de la parte norte de El Callao. Consiguió desmontar y apagar los fuegos de una batería Armstrong, a tiempo que un proyectil de grueso calibre arrasaba su batería y salía por el lado opuesto, bajo la línea de flotación, abriendo un boquete de 56 pies de superficie por donde las aguas penetraron a torrentes. La fragata, sin embargo, continuó batiéndose con indiferencia.

Pocos minutos después caía otra granada en la "Berenguela" e incendiaba una de las carboneras situada al lado de un depósito de pólvora.

El barco empezó a hundirse de costado, tragando agua como una esponja, y se retiró, sí, pero lentamente y como de mala gana, disparando los cañones que le quedaban disponibles. La goleta inglesa "Sheetwater", levando anclas, le salió al paso para prestarle socorros.

—¡Valiente "Berenguela"! —gritó con entusiasmo su comandante Mr. Douglas. —Aquí estoy yo para recogerlos.

—De nada necesito —contestó Pezuela con laconismo espartano.

La "Vencedora" y la "Resolución" se batieron como buenas y sus cañones, con los de la "Numancia", fueron los encargados de decir la última palabra en el bombardeo.

En aquella jornada la escuadra española tuvo 194 bajas entre muertos, heridos y contusos. Los peruanos, aparte de las pérdidas materiales que fueron de gran importancia, experimentaron cerca de dos mil bajas, entre ellas la del ministro de la guerra general Gálvez, que voló al mismo tiempo que la torre de la "Merced" con 27 hombres de la guarnición.

Los 43 muertos españoles fueron sepultados en la isla de San Lorenzo a 300 metros de distancia del mar Pacífico.

¿De quién fue la victoria? ¿Cómo se da el caso de que la fecha 2 de mayo de 1866 se celebre en España y en el Perú como conmemorativas de un triunfo?

Hable quien pueda hablar y sabe lo que dice:

"No es extraño que confiados en el conjunto de esas fortificaciones, tanto la creencia del gobierno del Perú como la general de sus adictos y de muchos que no lo son, fuese la de que los buques de esta escuadra perecerían irremisiblemente si se atrevían a atacarlos. El ataque se verificó: el fuego de esas fortificaciones quedó reducido a tres cañones; y sin embargo, además de la honra nacional ilessa, mejor dicho en muy alto puesto, las dotaciones de la escuadra del Pacífico han sacado todas sus naves lastimadas, y sí, acribilladas, pero con su pabellón ondulante en sus mástiles y listas para poder cubrirlo de gloria de nuevo, si necesario fuere, después de haber conseguido el fin que se propusieron".

Esto dijo Méndez Núñez, fundándose en hechos ciertos.

Luego vino la vuelta de la escuadra a España, en que las tripulaciones experimentaron horribles padecimientos: hambre canina, escorbuto y privaciones de todo género que convirtieron a los robustos marineros en esqueletos ambulantes.

Terminando la descripción de lo que vio y vivió como testigo del bombardeo de El Callao, Juan García, por mal nombre "Chicote" —como él mismo se dice— agrega: "Ante la justicia humana nadie resultó culpable del abandono en que se dejó entonces a las heroicas tripulaciones de la escuadra del Pacífico; pero hay una justicia eterna e infalible, encargada de las supremas reivindicaciones, que en su día exigirá el pago de las tremendas responsabilidades contraídas".

